

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

Exit qui seminat seminare semen suum.
Luc. VIII.

Salió el que siembra á sembrar su semilla.

El Evangelio de este dia es una bellissima parábola con que el Salvador instruia al pueblo sobre la excelencia de la palabra divina y la manera de oirla con aprovechamiento.

Sale el sembrador á sembrar su semilla y sucede que una parte cae al lado del camino, y se pierde porque la pisan los transeuntes, ó se la comen las aves del cielo. Otra parte cae sobre el terreno pedregoso, y apenas nacida se seca por falta de humedad. Otra parte viene á caer sobre tierra cubierta de espinas y éstas no la dejan crecer. Otra parte cayó en buena tierra, y nació

bien, llegando á producir el ciento por uno.

La semilla es la palabra de Dios; el sembrador es Jesucristo, el corazon humano la tierra donde esparce sus divinas semillas; y las piedras, las espinas, y las demás causas que impiden la germinacion y el fruto de la simiente significan las malas disposiciones de los oyentes, causa verdadera y única de que se pierdan los tres golpes de simiente, á saber: la mayor parte de las gracias y auxilios con que el Señor nos favorece para dar frutos de vida eterna.

Hé aqui la explicacion de la parábola, dada por el mismo Jesucristo á los Apóstoles para que conociesen los misterios del reino de Dios, y pudiesen, mas tarde iluminar al mundo con la luz esplendente de las divinas revelacio-

nes. Vamos á encarecer la solicitud amorosa del divino Sembrador, la excelencia de sus dones, y la necesidad de cultivarlos con esmero para recojer el ciento por uno en frutos de vida eterna.

Tres son los sembradores que salen á derramar su semilla en la tierra del corazon humano; Dios, el demonio, y el hombre. Dios no puede sembrar mala semilla porque es la verdad, la justicia y la santidad, y siendo omnipotente no puede obrar el mal incompatible con su esencia y repugnante á su naturaleza. Puede el hombre sembrar buena semilla en su propio corazon y en corazon de su prójimo, ora cuando se halla investido del cargo de sembrador evangélico como el Sacerdote, ora cuando ejerce un ministerio social como el profesor, el maestro, el padre de familia y cuantos tienen á su cuidado súbditos que dirigir y gobernar, ora cuando á impulso de la caridad ejerce las obras de misericordia en favor de sus hermanos necesitados de luz, de consejo, de correccion, de auxilio material y de consuelos. En todos estos casos siembra el hombre la simiente de Dios, autor soberano de todo bien, y fuente inagotable de todo consuelo, y Dios bendice y avalora los trabajos del hombre, ofreciéndole co-

mo recompensa una cosecha de gloria infinitamente superior á todo merecimiento.

Siembra tambien el demonio, y lo que siembra es la cizaña del mal pensamiento, del culpable deseo y de todo lo que engendra corrupcion y da frutos de muerte. Veamos, pues, la solicitud amorosa con que Dios siembra, riega y cultiva el campo de nuestra alma, y la dócil sumision y profundo reconocimiento con que debemos abrir los senos de nuestro corazon al influjo saludable de su gracia.

Salió el que siembra á sembrar su simiente. Dios Nuestro Señor salió voluntariamente de los abismos de la eternidad, y quiso hacer ostentacion de su gloria, sacando de la nada los cielos y la tierra con todas sus maravillas. Y crió al hombre y le hizo á su imagen y semejanza, dotándole de una inteligencia capaz de conocer la verdad, y de un corazon capaz de amar lo bueno, lo justo y lo bello; y destinándole á la posesion de su gloria. Este campo, hechura divina, obra predilecta de la omnipotencia, ha sido favorecido, sembrado y cultivado con singular esmero por la mano del divino labrador hasta el punto de haber criado el cielo, la tierra, los ríos, los mares, la

luz, el aire y cuantas criaturas existen, se mueven y respiran para promover la perfeccion, la grandeza y la dicha del hombre. De modo que nada le falta á este campo de nuestro espiritu para dar frutos en el órden natural. Bueno es el campo, fértil es el terreno, preciosa la semilla, no le falta luz, aire, calor, ni cultivo. ¿Cómo, pues, apenas da fruto bueno? ¿Cómo da frutos de pecado, de iniquidad y de perdicion? *Inimicus homo hoc fecit* (1). Caimos en Adán nuestro padre. El diablo invadió el campo de la humana naturaleza y sembró la maldita semilla del error, de la corrupción y de toda iniquidad. La tierra de nuestro corazón no perdió su natural fecundidad, pero fué disminuida su virtud. *In deterius commutata*. Desde entonces venimos al mundo en pecado, expuestos á la ignorancia, al error y á la perversion. Las semillas arrojadas en este campo rebelado contra su criador por el implacable enemigo de nuestra dicha dieron tales frutos que el mundo de las almas semejava uno de esos desiertos donde no cae una gota de rocío; solo engendran serpientes.

Era preciso destruir la obra

del demonio si el mundo habia de salvarse. Toda la tierra suspiraba por un sembrador divino que viniese a cultivar por sí mismo este campo de las almas, arrancando con su mano poderosa la cizaña de los errores y de los vicios y sembrando la limpia y granada semilla de la verdad y del bien. Y salió del seno de su eterno Padre el divino sembrador, y descendió al campo del mundo, cargado de fecundidad y escogida simiente, y dió principio á sus amorosas tareas, clamando muy alto: *Qui habet aures audiendi audiat*. El que tenga oídos para oír, que oiga. Y hablaba en parábolas, y los que abrían su corazón á sus portentosas revelaciones, los que recibían con docilidad sus palabras, siendo como eran semejantes á una tierra dura, y estéril, quedaban transformados en hijos de Dios, capaces de producir copiosos y sazonados frutos de vida eterna (1).

Desde entonces no cesa Jesucristo en su amorosa tarea de cultivar el campo de las almas. Hemos sido comprados al precio de su sangre. Somos suyos. Siembra de mañana este campo, y no escasea trabajos fatigas y sacri-

(1) Math. XIII.

(1) Joan. I.

ficios para recoger á su tiempo la deseada cosecha. ¿Qué debía hacer por nosotros que no haya hecho? ¿No debía esperar frutos de virtud y de santificación y todo género de buenas obras? Y cómo respondemos á su divina Providencia? ¡Ah! No es posible tender la vista por el campo del mundo sin que la pena mas acerba desgarré el corazón. ¡Asombráos! cielos, exclama el profeta: Hijos crié y ensalcé, y ellos me despreciaron.

¿Qué haceis, vosotros, hermanos míos? ¿Cómo cultivais los dones de Dios? Teneis á vuestra disposición luces divinas, doctrina celestial y maravillosa, el sol de la fé iluminando vuestras almas, la lluvia de la gracia, el rocío de las santas inspiraciones el riego de los Santos Sacramentos, auxilios poderosos interiores y exteriores, voces del cielo y de la tierra, avisos saludables y castigos ejemplares. ¿Cómo no dais frutos de virtud y buenas obras? ¿Cómo se explica esa deplorable esterilidad para el bien y esa pasmosa fecundidad para el mal? ¡Ah! todo se explica por el desconocimiento de la ley de Dios, por falta de fé, y sobra de ingratitud. Añadid á todo esto esa temeridad inconcebible con que los hombres se lanzan en

medio de todos los peligros y esa locura incalificable con que dejan abiertas las entradas de su corazón á todos los errores, á todas las seducciones, á todas las perfidias, á todas las invasiones del pecado, de la corrupcion y de la inmoralidad. No piensan como cristianos, ni meditan de corazón. No cultivan los dones de Dios. Ahogan en su corazón las semillas del bien, y su alma no da otros frutos que pecados y obras de pecado. Pues bien: Está escrito que cada uno recogerá lo que hubiere sembrado. *Quæ seminaverit homo, hæc et metet.* Sembrad buenas obras y recogeréis galardones. Si sembrais pecados, no esperéis otra cosecha que los castigos eternos. Sembrando vientos, cosechareis tempestades. *Ventum seminabunt et turbinem metent* (1).

Mientras teneis tiempo, obrad el bien porque viene la muerte, cuando menos lo penseis, y viene despiadada, inexorable, á presentaros ante el tribunal de Dios que os dirá con acento de juez como al siervo del Evangelio: *Redde rationem villicationis tuæ.* Dame cuenta de tu administración. Y entonces recibireis la recompensa de vuestro trabajo y

(1) Osee, cap. VIII.

el fruto de vuestras buenas obras, si habeis cultivado los dones de Dios y sembrado en vuestro corazón semillas de virtud y de reconocimiento, Amen.

—xx—

MARÍA DE RUDENZ.

LEYENDA FANTÁSTICA ALEMANA.

A fosco cielo—a notte bruna
Al floco raggio—d' incerta luna,
Col cupo suono—di tuon lontano
Dal colle al piano—un' ombra appar,
In bianco avvolta—lenzuol cadente,
Col erin disciolto—un occhio ardente,
Qual densa nebbia—del vento mossa
Avanza, ingrossa—immensa par.

I.

La cita.

Triste y solitario se elevaba bajo el nebuloso cielo de Alemania el castillo de Rudenz, morada señorial que, tal vez, databa del tiempo de los godos.

Sus verdosas almenas parecían querer precipitarse de la altura sobre la cual estaba edificado el castillo, tanta era su antigüedad; y sus gruesas murallas, medio arruinadas y abandonadas, daban á entender que habían pasado ya los tiempos belicosos, en los cuales los hombres vestían de hierro, y que la antigua fortaleza no era mas que el resto de una morada señorial.

Era á principios del siglo XVIII.

Dos jóvenes de diferente sexo

se paseaban por el parque del castillo, y se escondían debajo de los árboles para no ser vistos desde la antigua morada.

Ambos estaban tristes, y la joven lloraba á lágrima viva; el joven no podía tampoco contener sus lágrimas, pero, como era hombre, se avergonzaba de ello y se cubría el rostro con las manos.

Parecía imposible que una pareja tan joven y tan interesante tuviera penas.

La niña era un sueño, una hada, rubia, blanca, esbelta y vaporosa; se parecía á las fantásticas Willis ó á las vírgenes de Osian.

El joven era demasiado hermoso para hombre, y sin el fino bozo que sombreaba con ligeras hebritas de oro su lábio superior, se le tomara por una joven en traje masculino.

Hacia tiempo que se amaban; mas una cuestión de interés dividió á los padres de ambos, quienes les ordenaron que se separasen para siempre. Pero ¿quién manda en dos corazones? Ello es que la infortunada pareja se amó más desde el momento que esto les fué prohibido; y á hurtadillas se veían todos los días en el parque del castillo de Rudenz, en donde moraba la joven.

—¿Me amas, Dorotea? decía el pobre jóven.

—¡Sí te amo! contestó ella llorando; ¡oh, no me lo preguntes, pues me haces morir!

—Te obligarán á casarte con otro, Teheta mia, dijo el jóven, y yo entonces me desesperaré.

—¡No, no, dijo Dorotea, primero moriré!

—¡Si estás en este castillo, tus padres te obligarán, y yo haré una locura! gritó el infeliz prorumpiendo en sollozos.

—¿Qué quieres que haga, Ulrico mio? exclamó la jóven; ¿qué prueba quieres de mi amor?

—Deja esta morada y vente con migo, dijo el jóven.

—¡Oh! no, no, exclamó Dorotea; yo no puedo dejar la casa de mis padres; mi honor me lo prohíbe, y además, ¿cómo salir de aquí?

—Soy caballero, Teheta, dijo el jóven, y sé lo que debo á una dama, y mucho más á la que será mi esposa.

—¡Tu esposa! dijo la jóven estrechando su mano con alegría infantil; dimelo otra vez, Ulrico mio, pues sólo el pensarlo me vuelve loca.

—Pues bien, dijo el jóven, mañana es día de difuntos, y aquí hay la tradición de que en tal día, á las doce de la noche, se aparece

un fantasma al cual le llaman en el país la *monja sangrienta*. El fantasma, según dicen, va vestido de blanco, le cubre el rostro un gran velo negro, llevando en su mano derecha un puñal ensangrentado, y á la izquierda una linterna encendida; su hábito blanco está manchado de sangre, que brota de una herida que se ve en el lado de su corazón. Pues bien; mañana, á media noche, te vistes con tu traje blanco, te cubres con un velo negro, tomas un puñal en la antigua armería del castillo, enciendes una linterna, atraviesas los alrededores, y todos huirán mudos de terror; sales á la muralla, y por el boquete que hay arruinado en la parte del Norte, sales del recinto del castillo. Allí te aguardo yo con mi coche; en mi castillo nos casará un sacerdote, y lo hecho, hecho quedará.

—¡Nunca! dijo horrorizada Dorotea; tú quieres que yo tome el disfraz de un espectro cuyo recuerdo me hace estremecer. Ven conmigo á la tumba de la monja sangrienta y te contaré su historia, á fin de hacerte desistir de semejante proyecto.

—¡Tú hacerme desistir de él! dijo Ulrico; ni tú, ni nadie de este mundo; pues nada temo, ni nada creo de estas historias de apare-

cidos; y para ser tu esposo te robaría, no sólo á tí, sino á la misma monja sangrienta que viniera del otro mundo.

Entonces pareció que se oía un quejido, un ¡ay! Los dos jóvenes se volvieron horrorizados.

(Continuará.)

VARIÉDADES.

A la magnífica donación de pesos fuertes 300,000 hecha por una señorita Americana para fundar una Universidad Católica en los Estados-Unidos: ha seguido un insigne legado que deja en su testamento el millonario católico Sr. Springer, fallecido en Cincinnati Deja 75,000 pesos á la «Asociación de la Sala de Música;» 45,000 al Colegio de música, fundado por el mismo y 20,000 á la Asociación del Museo. Vienen luego los legados pios: 100,000 pesos para el Seminario de Santa María del Oeste por la educación de Sacerdotes católicos; 35,000 á las Hermanitas de los Pobres; 30,000 al Hospital del Buen Samaritano; 35,000 á los Padres Franciscanos; 20,000 á las Hermanas de la Caridad de Cedar Grove para el Asilo de Expósitos; 40,000 para las Escuelas de la Catedral; 1,000 al año, á perpetuidad para la obra de las misiones dentro del país; 5,000 á las Hermanas de la Merced;

25,000 al Convento del Buen Pastor; 50,000 á la Sociedad Benévola de San Pedro; 20,000 á las Hermanitas de los Pobres de San Francisco; finalmente, á dos fieles criadas suyas, 7,500 á cada una; á su cochero, 5,000 con sus coches y sus caballos. En todo casi pesos fuertes 1.000,000. Lo demás de su fortuna, que asciende á unos pesos fuertes 3,000,000, va á sus sobrinos y otros parientes hasta el tercer grado. Todo el testamento está escrito del propio puño del benemérito testador, quien afirma que lo hizo «sin consejo de ningun ser humano.»

(R. C. de las V.)

Hermoso rasgo en la persecución de los cristianos de Tonkin. Antes de ir al suplicio el misionero principal de aquella cristiandad, pidió y obtuvo permiso para que todos los cristianos pudieran visitar por última vez la capilla donde acostumbraban á orar por mañana y tarde. Prostrados allí ante el altar, rezaron en alta voz las letanías de la Santísima Virgen y otras oraciones, hasta que los verdugos cortaron sus ardientes invocaciones.

Dejadme tomar el crucifijo que hay en el altar—dijo el misio-

nero—yo lo llevaré hasta el lugar del suplicio; él nos hará morir como verdaderos discípulos de este divino Maestro.

Los perseguidores se lo permitieron.

El misionero caminaba delante de todos llevando en alto la imagen de Jesús crucificado para que todos pudiesen verla y sacar de ella valor para terminar gloriosamente su carrera. Los cristianos seguían rezando el rosario con gran devoción y exhortándose mutuamente á derramar su sangre por Jesús. Así recorrieron el camino del suplicio alabando á Jesús y á María mientras su lengua pudo pronunciar estos sacratísimos nombres.

En Lila ha sido establecida hace algún tiempo una Institución llamada «Obra de la adopción fraternal.» Esta obra nació de la generosa iniciativa de un padre de familia que anhelaba por la perseverancia cristiana de sus hijos. Para conseguir esta gracia de Dios juzgó que no hay mejor medio que procurar á los niños pobres educación cristiana, y en cambio de este incomparable beneficio pedirles sus oraciones. Monseñor Duquesnay aplaudió la idea de este padre de familia, al cual se le unieron otros y fundaron esta institución.

Por medio de esta obra se consigue entre los hijos de los pobres y de los ricos una comunicación de obras de caridad, mútua comunicación que debe durar toda la vida, y que en lo porvenir podrá ser uno de los medios más eficaces para atraer y aproximar á las diferentes clases de la sociedad, que, por desgracia, andan tan separadas y mal avenidas.

Los ricos solamente pagan 40 francos, cantidad que cuesta la instrucción primaria de un alumno de primera enseñanza en las escuelas católicas libres. En cambio de este beneficio el pobre ora por el rico para conseguirle de Dios la perseverancia final.

En seis siglos y medio que cuenta de existencia la Orden de San Francisco, sus diferentes ramas han dado á la Iglesia 247 Santos y Beatos, sin contar los 2.500 de que hace mención el Menologio Franciscano, de los cuales 1.500 son martires. Cuenta además San Francisco entre sus hijos 13 Pontífices, 60 Cardenales, más de 4.000 Arzobispos y Obispos, 6.000 escritores de reconocido mérito, un gran número de ellos eminentes. La Orden tiene actualmente en los países salvajes 2.500 misioneros; y si á estos se agregan los 1.000 de la Orden de Franciscanos Capuchinos, suman todos el número de 3.500.